

# electra

• ELSA RISSO

**S**e trata de un film notable en muchos aspectos, realizado con sensible y refinado sentido plástico, pero con grandes altibajos, con prolongados fragmentos a lo largo de los cuales la vida se ha congelado en el estatismo pictórico.

Cacoyannis, director, adaptador y productor del film, ha mantenido un encomiable respeto por el texto y el espíritu de Eurípides, salvo los imprescindibles cortes a los parlamentos y alguna que otra interpolación, como el agravio de Egisto a Electra sobre la tumba de Agamenón. Lo más característico de la tragedia euripídea es la concepción de los personajes no como mitos, sino como seres realmente humanos, envueltos y arrastrados no tanto por la caprichosa voluntad de los dioses como por sus irresistibles pasiones. Así su enfoque del tema del implacable deseo que pesa sobre Electra y Orestes de vengar el asesinato del padre Agamenón, perpetrado por su esposa y madre de ambos Clitemnestra en complicidad con su amante Egisto, reviste un carácter distinto al tratamiento del tema en Esquilo o Sófocles, quienes se limitaron a presentar el hecho en toda su fuerza trágica, aceptándolo sin juzgarlo. Para Eurípides el matricidio de Electra y Orestes es, en toda hipótesis, un asesinato que debe ser castigado y el oráculo de Febo que lo anunció, ha perdido su divina autoridad a tal punto, en el pensamiento del autor, que los Dióscuros no vacilan en afirmar que su mandato fue poco prudente. Lo que alienta a Electra, pues, en Eurípides, es su propio e irrefrenable instinto de venganza, observado y analizado en un plano psicológico y puramente humano. Electra es el verdadero símbolo de la ven-

ganza; la alimenta día tras día en su interior, consagrandolo a ello todos sus afanes: es la instigadora, mientras que Orestes es el brazo ejecutor que, sin embargo, llega a entrever lo terrible de su acto.

En el film la personalidad de Electra aparece en toda su trágica y humana grandeza, interpretada por una Irene Pappas vibrante y admirable, que sabe comunicar a su personaje toda una gradación dramática, desde el salvaje grito de dolor hasta el más delicado gesto de ternura. Su composición es uno de los más grandes aciertos del film. No puede decirse lo mismo de Yannis Fertis que presenta un Orestes en exceso dubitativo e indeciso, perjudicado, además, por un rostro de adolescente bastante inexpresivo. Lo sentimos muy lejos del héroe griego que, a pesar de su juventud, fue capaz de ejecutar la atroz venganza. En cambio es digna de mención la breve actuación de Aleka Catselli como Clitemnestra.

Desde el punto de vista específicamente cinematográfico lo que importa constatar es hasta qué punto Cacoyannis supo expresar en términos de cine el tenso clima propio de la tragedia griega. Hay dos momentos, tal vez tres, en los que ese clima se logra con intensidad inusitada: el asesinato de Agamenón, según la versión de Esquilo, el de Clitemnestra, y también, aunque en menor grado, el de Egisto (a pesar de su calidad intrínseca se lo siente pobre comparado con la descripción que hace del mismo el mensajero en el texto original. Allí no se trataba de una fiesta báquica sino del sacrificio de un toro a las Ninfas, y juega un papel importante el anuncio agorero que Egisto lee

en las vísceras del animal, lo cual muy bien pudo ser explotado en el film. Además, la conducta decidida de Orestes en esa circunstancia contrasta con las vacilaciones del héroe de Cacoyannis). En dichos momentos, a través de un agilísimo montaje se expresa la convulsión y desgarramiento de todas las fuerzas telúricas y humanas ante el cumplimiento de lo inexorable que, no obstante serlo, quiebra el equilibrio cósmico. Es magnífica toda la secuencia introductoria del film y su continuación hasta la marcha de Electra con su esposo labriego. Por medios exclusivamente visuales (no hay diálogo hasta entonces) se crea el clima requerido. Era difícil mantenerlo en esa tensión, y de hecho se quiebra con la llegada de Orestes. En adelante las excelencias ofrecidas por el film, con las excepciones mencionadas, serán magníficos cuadros de irresistible

atracción visual, compuestos por un coro de campesinas envueltas en negros ropajes, recortadas contra el claro cielo de Grecia y la tierra seca y pedregosa de la Argólida. Esos elementos son aprovechados en sus posibilidades plásticas, en todas las formas imaginables, por encuadres que saben convertir un simple árbol, una choza, un pozo de agua, en elementos de enorme valor figurativo. Pero el febril dinamismo vital que hizo la grandeza de la tragedia griega queda paralizado, enfriado en las manos de un esteta que detuvo su cámara con delectación en la belleza de los elementos pictóricos, olvidando que la esencia de aquello que procuraba transcribir era la vida.

Un elemento positivo en el film es la excelente música de Mikis Theodorakis que contribuye a la correcta ambientación. ♦

## teatro

# victorio gassman y su teatro popular italiano

• ELSA RISIO

**H**ABER asistido a la actuación de una figura de la rara y distinta magnitud de Vittorio Gassman, en el apogeo de sus posibilidades artísticas y en la acabada madurez de su talento, constituye un verdadero privilegio para el público de Buenos Aires.

Hay muchos elementos en su personalidad que lo convierten en un actor de excepción; por eso es excepcional la repercusión que halla en el público. Es ya casi un lugar común decir al referirse a Gassman que nos encontramos frente a un típico caso de "divismo". Es verdad, ello es un hecho innegable, pero convendría analizar un poco las causas de este fenómeno. Ningún actor llega a ser un divo simplemente por aspiración personal. Es imprescindible el de-

cidido apoyo de grandes sectores de público que consientan en elevarlo a la categoría de un moderno mito popular. Esta circunstancia se da ampliamente en el caso de Gassman. Y ello no es en absoluto gratuito. A un físico de enorme sugestión, a una voz hermosísima llena de cálidos matices y modulaciones sabiamente utilizada, se une una notable riqueza humana en todos los aspectos: la innata capacidad histriónica, la inteligencia viva y despierta, el asombroso don proteico, y, por sobre todo, una inusitada, extraordinaria, desbordante vitalidad, todo ello canalizado y concretado exteriormente en una labor más que admirable. Tal cúmulo de factores permite la identificación con esa figura, arquetípica del triunfador, de grandes sec-